

CONFERENCIA

DEL EXCMO. SEÑOR

D. Eloy Bullón y Fernández

Pronunciada en la sesión pública de 21 de Febrero de 1916.

TEMA:

Las relaciones de España con Portugal: Enseñanzas del pasado y orientaciones para el porvenir.



MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE JAIME RATÉS

Costanilla de San Pedro, número 6.

1916

REAL ACADEMIA DE JURISPRUDENCIA Y LEGISLACIÓN

CONFERENCIA

DEL EXCMO. SEÑOR

D. Eloy Bullón y Fernández

Pronunciada en la sesión pública de 21 de Febrero de 1916.

TEMA:

Las relaciones de España con
Portugal: Enseñanzas del pasado
y orientaciones para el porvenir.



MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE JAIME RATÉS

Costanilla de San Pedro, número 6.

1916

CONFERENCIA

D. Elroy Bullón y Fernández

Principios de la responsabilidad de los Estados y el

ÍNDICE

Los principios de Estado son
los principios de responsabilidad
de los Estados por el



ÍNDICE

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES Y LEGISLACIÓN
Consejo de Administración

SEÑORES:

Entre las notas más interesantes que ofrece la actualidad política en Portugal y España, es sin duda una de las más dignas de recogerse, la atención que en uno y otro pueblo comienza á prestarse al problema de las relaciones entre ambas naciones. Á este importante asunto se han consagrado durante los últimos meses, en España como en Portugal, frecuentes artículos en la prensa y también conferencias, discursos y publicaciones varias. Aquí mismo, en esta serie de conferencias tan brillantemente organizadas por la Academia de Jurisprudencia, con la única equivocación de haberme encargado á mí una de ellas, habéis podido ver de nuevo el interés que despierta la cuestión, porque aun sin hacerla objeto especial de sus disertaciones ninguna de las distinguidas personalidades que me han precedido en esta tribuna, no han faltado, sin embargo, alusiones á este importante problema, como las muy interesantes y discretas que hubimos de escuchar de los labios autorizados de nuestros ilustres compañeros Sres. Maluquer Salvador y González Hontoria.

Para mí nada tiene de extraño este interés que empieza á sentirse por el problema hispano-lusitano; antes

al contrario, creo que cada día que pase despertará mayor atención. Más aún: me atrevo á decir que no merecerán el título de prudentes, ni aun el de patriotas, los políticos de uno y otro pueblo si en adelante no lo hacen objeto de su constante preocupación y solicitud, porque ha venido ahora la guerra á darle un realce extraordinario y una actualidad palpitante.

No podía ser de otro modo. Esa magna conflagración internacional, que ha adquirido proporciones mayores que las de otras épocas, no sólo por los más eficaces medios ofensivos de que ahora se dispone, sino también porque dada la compleja relación de intereses en que viven hoy los pueblos cultos, sus consecuencias por lo menos en el orden económico alcanzan aun á las naciones más apartadas de la contienda; esa magna conflagración, que parece como la bancarrota de la civilización contemporánea, porque aun aquellos mismos inventos, aquellas prodigiosas conquistas de la ciencia de que tanto nos envanecíamos los hombres del siglo XIX y del siglo XX, son empleadas en destruir la propia obra de la civilización, en sembrar la destrucción en las ciudades y la mortandad entre los hombres; esa magna conflagración, á la manera de los grandes terremotos ó cataclismos geológicos, ha conmovido hasta en sus cimientos á las naciones, obligando á todos los hombres pensadores á plantearse los problemas de la estática y de la dinámica sociales y á que todos los pueblos tengamos que dirigirnos la inquietante pregunta de si nuestro porvenir, nuestra seguridad, nuestra existencia misma como nación están suficientemente garantizadas.

Habíase dicho por grandes estadistas de Europa (que según han demostrado los sucesos, actuaron de fúnebres

pero verídicos agoreros) que los pueblos no tienen el derecho de ser débiles; habíase dicho también que era torpe y funesta la política del aislamiento, y que llegada la hora crítica sólo podrían mantener su neutralidad y gozar de las delicias de la paz, los pueblos que tuvieran medios propios para hacerla respetar; pero ahora, señores, no es ya que oigamos esas declaraciones de los políticos: es que vemos por nuestros propios ojos que los débiles son aplastados, que los que parecían incommovibles muros de las grandes nacionalidades se agrietan y amenazan derrumbarse y que, aun aquellos países que han querido permanecer apartados del conflicto, se han visto arrastrados por el torbellino de la guerra.

Decidme, pues, si en esta hora trágica é inquietante no debemos estudiar el problema nacional en todos sus aspectos, llegando hasta el examen de los cimientos mismos en que estriba la nación para ver si amenazan ruina, ó si, por el contrario, están firmes y seguros.

Ahora bien; no es posible examinar los fundamentos de la nacionalidad española sin que surja con este examen necesariamente enlazado el problema de nuestras relaciones con Portugal, como no es posible examinar el problema de la existencia y porvenir de Portugal sin que se plantee lógicamente ante nuestra consideración el problema de sus relaciones con España.

Son España y Portugal árboles seculares que tienen sus raíces entrelazadas, que por ellas reciben savia común y se arraigan en un mismo territorio, como son sus ramas y sus flores y sus frutos mecidos por las auras de un mismo ambiente y cobijados por un mismo cielo.

Mas, dirán algunos, que por lo mismo que son tantas las cosas que ha de transformar la guerra, lo prudente

sería aplazar hasta cuando la contienda haya terminado, el examinar todo lo relativo á las relaciones internacionales, para entonces, en vista de los resultados á que la guerra conduzca, fijar las normas de la política internacional.

Pero este argumento, que tendría mucha fuerza si se refiriese á las relaciones de España con otro país de Europa, carece de valor en lo que atañe á las relaciones de España con Portugal, porque aquí los términos esenciales del problema no han de variar, ya que éstos consisten en nuestra situación geográfica y en las afinidades de todo linaje que nos ligan con Portugal.

Sea cualquiera el éxito de la guerra, ya triunfe la poderosa Albión con sus formidables escuadras y sus heroicos aliados, ó hayan de ser los imperios centrales los que pronuncien el terrible *væ victis* al arrojar la espada vencedora en la balanza de la paz, lo cierto es que España y Portugal continuarán enclavados en este viejo y glorioso solar de la Península Ibérica, entre el Mediterráneo y el Atlántico, entre el canal de Panamá y el de Suez, entre Europa y África, junto al más importante desfiladero marítimo de la tierra, hablando lenguas hermanas, cosechando productos análogos en el suelo cultivable, enlazados por las cintas de plata de los mismos ríos, erguidos sobre las mismas líneas de ásperas montañas, para rechazar todos los ataques de los extraños; envueltos, en fin, por los prestigios y los resplandores de dos historias nacionales, distintas pero paralelas, diferentes pero armónicas, como natural desarrollo que son una y otra de la vida de dos pueblos hermanos por el territorio, por la religión, por la lengua y por la raza.

No esperemos, por lo tanto, á saber quiénes serán los vencedores; pensemos desde ahora en ser fuertes y estudiemos las normas dentro de las cuales se ha de desarrollar nuestra convivencia sobre el mismo territorio.

* * *

Y bien, señores, ¿cuál es el estado de nuestras relaciones con Portugal?

Yo tengo el deber de ser sincero con vosotros, lo tenemos todos, y esa sinceridad me obliga á declarar que, aparte de las relaciones amistosas entre ambos Gobiernos, sin embargo, si miramos á lo que las relaciones entre Portugal y España debían ser, el estado actual de las mismas es el de un completo y absoluto fracaso. Y no me refiero con esto al género de relaciones que haya resultado por razón del cambio de régimen recientemente operado en el país vecino, pues soy el primero en reconocer que Portugal, como nación soberana, tiene perfecto derecho á darse la forma de gobierno que estime más conveniente, y por lo tanto, ese hecho no tenía por qué influir en sus relaciones con España; me refiero al resultado de toda la política seguida en orden á las relaciones entre España y Portugal desde que Portugal se separó de España en el siglo xvii, y no vacilo en decir que es el de un completo y absoluto fracaso.

No nos une con Portugal ni una alianza defensiva, ni una íntima cooperación económica, ni un estrecho contacto intelectual, ni siquiera una cordial comunica-

ción afectiva; estamos unidos geográficamente, pero podría decirse que estamos unidos por la espalda, á juzgar por lo poco que nos conocemos; nos separa algo peor que el odio: la indiferencia.

Y en los últimos años aún se ha agravado esta situación, porque recientemente hubo de ser denunciado el Tratado de comercio y navegación con Portugal, y de ser denunciado con razón, porque con efecto era lesivo para los intereses económicos de la Patria.

¿Y cuáles han sido las causas que han dado lugar á esta deplorable situación? Es muy frecuente, señores, atribuir el hecho de que entre Portugal y España no haya una más íntima compenetración en todos los órdenes al influjo de potencias extranjeras, y sobre todo de determinadas potencias, por juzgarlas interesadas en que no se cree en la Península, por la unión estrecha de ambos pueblos, un poder fuerte, que no sería fuerte, sino formidable, dada nuestra situación geográfica.

Y no negaré yo que, en efecto, esa influencia de los extraños haya contribuído algunas veces, y sobre todo en trascendentales momentos de nuestra historia, á acentuar ó agrandar el divorcio entre los pueblos peninsulares; pero pienso que se han exagerado las cosas al atribuir á las influencias extranjeras como á causa principal el fracaso de uniones ó aproximaciones entre Portugal y España.

No; yo creo que si España y Portugal, *una y otra, de verdad*, sinceramente, hubiesen querido unirse en un lazo permanente de unidad política ó por lo menos en una estrecha cooperación militar, intelectual y económica, no hubiera habido poder humano en la tierra que lo hubiese impedido, á la manera que cuando algunas

jóvenes parejas tienen la fortuna ó la desgracia de que el amor se apodere con demasiado ímpetu de sus corazones y luego encuentran obstáculos para efectuar el enlace en los padres ó en la familia, á pesar de ello, si el amor es de ley, saltan por encima de todo, la boda se celebra y después los padres (para nuestro caso, las grandes potencias) terminan por asistir al bautizo del primer hijo.

No, señores, la culpa no hay que buscarla fuera; somos nosotros, portugueses y españoles, y más los españoles que los portugueses, los que tenemos la responsabilidad de que el estado de las relaciones entre ambos pueblos no sea el que debería ser.

No he de ocultar, porque en ello no hay molestia para nadie que, á mi juicio, ha sido un factor que ha contribuido en ocasiones á enfriar las relaciones entre los dos países, el interés que en algunos momentos ha habido por parte de las oligarquías políticas de Portugal, en mantener recelos ó desvíos contra España, á pretexto de que aquí se pensaba en absorciones ó conquistas, cosa que ciertamente ha estado siempre muy lejos del ánimo de nuestros Gobiernos; pero fantasma que algunas veces ha sido empleado por el partidismo político de Portugal como argumento Aquiles para atraer la opinión pública ó desviarla de donde le convenía.

Mas si esto, que me guardaré yo mucho de considerar como defecto común de los políticos portugueses, ha contribuido algo á mantener en la opinión lusitana infundados recelos, preciso es proclamar que la culpa principal es de los españoles por no haber hecho todo lo que podíamos y debíamos para disipar esos errores é injustificadas suspicacias, por no haber trabajado lo bas-

tante para atraer la estimación y el afecto de los lusitanos, empezando por poner las aspiraciones dentro de lo posible y laborando eficazmente para convencer á la opinión portuguesa y á la opinión española de la conveniencia, ¿qué digo de la conveniencia?, de la necesidad de que exista entre ambos pueblos una sincera intimidad en el orden de los afectos y una perfecta cooperación en el orden de los intereses. Lejos de eso, no han faltado algunas veces, del lado de aquí, de España, proyectos poco meditados, publicaciones y discursos no muy prudentes, que en lugar de contribuir á estrechar las relaciones entre ambos pueblos, han servido, bien á pesar de la excelente intención de sus autores, para envenenar las relaciones de ambos países.

Comprenderéis, señores, que me refiero á esa bella ilusión, á esa hermosa fantasía de la Unión Ibérica, muy á propósito para escribir romances endecasílabos y para pronunciar párrafos sonoros en los discursos de los Juegos Florales; pero que por haber sido mal planteado el problema, y muchas veces peor defendido todavía, ha sido en ocasiones un poderoso disolvente de la cordialidad entre las dos naciones hermanas.

Y no me refiero con esto á que en España se haya planteado ó se haya defendido nunca el problema en el sentido de absorción ó de conquista. Sería esa una opinión tan absurda y descabellada, que ni aun sería necesario perder el tiempo en refutarla.

Las conquistas podrán servir para fundar imperios más ó menos efímeros, ó como paso preliminar para traer á la vida de la civilización á los pueblos bárbaros; pero como fundente de nacionalidades, como medio de crear un hogar nacional, que es sinónimo de amor, de

cordialidad, de suma de afectos y abnegaciones, á mí me parece cosa tan absurda como el amor á tiros, del que á veces nos ofrece tristes ejemplos la crónica negra de los periódicos, cuando refiere esos lances trágico-amatorios en que actúa el revólver como argumento de cariño, lances desdichados que, como es natural, no terminan en la Vicaría, sino en el Juzgado de guardia.

Por eso sin duda, por ser tan absurdo el sistema de la conquista para formar uniones nacionales, nuestros iberistas han preconizado siempre los medios pacíficos. Pero aun entre estos iberistas pacíficos, y que sólo conciben la Unión Ibérica sobre la base del mutuo acuerdo ó amistosa conformidad de ambas partes, no han faltado, sin embargo, quienes han inferido inconscientemente agravios al patriotismo lusitano, porque, con el mejor deseo, y obsesionados con la idea de la unión, han llegado algunos á negar á Portugal caracteres de verdadera nación, ó á disminuir la importancia de su literatura, de su historia ó de su personalidad política.

Claro es que constituyendo una perfecta unidad geográfica la Península Ibérica, no obstante las diferencias regionales que en ella existen, y no teniendo por otra parte extraordinarias dimensiones, pudo haber sucedido que al cabo de los siglos transcurridos hasta el presente, se hubiese desarrollado de tal manera la vida de los pueblos peninsulares, que sólo existiera hoy en la Península una nación.

Hubiera sido muy hermoso y muy conveniente que eso hubiera sucedido, y hasta será justo censurar á los políticos de otros tiempos si es que habiéndose presentado ocasiones de facilitarlo, lo estorbaron; pero no se trata de averiguar qué es lo que ha podido ocurrir, sino

de saber qué es lo que ha ocurrido. Aquello pertenece al mundo de las conjeturas y de las adivinanzas, pero no al de la política, que es ciencia y arte de realidades.

Los estadistas han de tener presente para su actuación y para sus juicios, la realidad presente y las posibilidades de transformación que esa realidad ofrezca, y lo que esa realidad nos dice es que hay en Portugal un vivo y arraigado sentimiento de nacionalidad, que se ha formado en la convivencia de muchos siglos, durante los cuales los portugueses han participado de comunes grandezas y de comunes desgracias, han desplegado grandes heroísmos, han realizado grandes hazañas, han creado obras magníficas de la literatura y del arte con caracteres propios que las distinguen de las de otros pueblos, se ha forjado, en fin, en el gran laboratorio de la Historia la conciencia de una patria común, el alma nacional portuguesa, que alienta en las magnas empresas de sus navegantes y conquistadores y ha tenido su verbo grandilocuente en el más ilustre de los épicos modernos, el inmortal Camoens, que es la patria misma lusitana como Homero es Grecia, Virgilio es Roma y Castilla es el *Romancero*.

No han faltado quienes, para dar una demostración de que Portugal carece de condiciones que expliquen su existencia como nación independiente, han alegado que no existen entre Portugal y España límites naturales; pero aun suponiendo que eso sea exacto, y lo es casi en absoluto, siquiera no falten en algunos espacios de la zona fronteriza accidentes físicos que pueden considerarse como algo más que líneas meramente convencionales de separación; pero aunque ello fuera exacto, con una absoluta y completa exactitud, ese argumen-

to demostraría todo lo contrario de lo que pretenden sus autores, porque á las naciones no tanto las constituye el elemento material como el elemento psíquico, y si á pesar de no haber líneas naturales de separación ha mantenido Portugal durante tantos siglos una personalidad independiente, será porque hay allí condiciones psicológicas, modalidades sociales, diferentes y características.

Pero además hay que advertir que el argumento de las fronteras tiene poco valor cuando se trata de definir la razón de ser territorial de una nación, ó más claro, las causas geográficas que han podido contribuir á formarla, porque lo que distingue geográficamente á una nación no son las fronteras lineales, porque esas líneas de limitación ó separación varían en la historia sin que las naciones pierdan su personalidad, á la manera que los individuos humanos son en las diferentes edades de la vida más bajos ó más altos, más delgados ó más gruesos, sin que por eso dejen de ser específica y aun personalmente los mismos. Lo que caracteriza territorialmente á las naciones es la manera especial cómo en determinada región del globo se agrupan y combinan los elementos geológicos, orográficos, hidrográficos, marítimos, climatológicos, etc., la fisonomía particular y cómo el temperamento que de aquí resulta para aquella zona terrestre, su modo de ser propio y peculiar. Y considerado Portugal desde este punto de vista, no hay duda alguna de que tiene una fisonomía especial inconfundible, porque es una zona litoral atlántica situada en el extremo occidental del mundo antiguo,

*Onde á terra se acaba é ó mar com̃ça
E onde Phebo repousa no Oceano,*

y esto daba al pueblo que viviese en esa zona atlántica, cuyas condiciones marítimas están además avaloradas por ríos navegables y puerto tan excelente como Lisboa, una misión semejante á la que tuvo Fenicia en la antigüedad, la de ser un pueblo descubridor, comercial y colonizador. Y, con efecto, basta abrir la historia de Portugal para ver que ésta ha sido su misión, misión gloriosa que Portugal ha realizado con plena conciencia, puesto que sus descubrimientos no son obra del azar ó mero episodio intercalado en su historia, sino obra de ciencia y de experiencia perseverantemente realizada, que tiene brillante comienzo cuando el Infante D. Enrique organiza las primeras expediciones lusitanas para la exploración del Atlántico y alcanza su apogeo en el viaje eternamente célebre de Vasco de Gama, que después de doblar el Cabo de Buena Esperanza, llegó á descubrir, como dijo el poeta, «los inmensos tesoros de Oriente, trayendo como trofeo á las orillas del Tajo las perlas que adornaban la cuna del Sol y el tálamo de la Aurora». Verdad es que también el reino de Castilla, aparte del carácter continental de la meseta, tenía por su litoral condiciones marítimas y atlánticas; pero Portugal terminó antes que Castilla la parte que le correspondía en la Reconquista lanzándose en seguida al mar, donde estaba su porvenir, y cuando Castilla realizó en 1492 el más asombroso y fecundo de los descubrimientos geográficos, Portugal estaba ya muy adelantado en los suyos, por lo cual el hecho de que Castilla fuese también descubridora como el Estado vecino, hizo de ambos pueblos más que compañeros, rivales. En cambio, fué más fácil la fusión de Aragón y Castilla, porque orientado el primero hacia el Oriente por el Mediterráneo y la se-

gunda hacia el Atlántico no había entre ellos rivalidad, sino mutuo complemento.



Mas ¿es que al reconocer yo que Portugal es una nación y una nación ilustre, que además de haber dejado su huella heroica y civilizadora en Asia y África ha creado más allá del Atlántico otra gran nación de inmenso territorio y brillante porvenir, el Brasil, afirmo por eso la imposibilidad metafísica de que nunca, por ningún camino, ni aun el más amistoso, en ninguna forma, ni aun la más flexible y amplia de confederación que dejase á salvo la personalidad y la autonomía de ambos pueblos, lleguen éstos á unirse con un lazo permanente de unidad política?

¡Ah! Me guardaré yo muy bien de hablar de imposibilidades absolutas y eternas cuando se trata de fenómenos humanos y como tales relativos, contingentes y variables; pero lo que sí digo es que ese no es un problema de la política actual de Portugal, ni de España, que yo no veo la necesidad de que el problema ibérico se plantee en esa forma y que, por el contrario, encuentro en ello muchos inconvenientes, porque pienso que la política ha de vivir de realidades y no de fantasías y que los hombres de Estado deben tener siempre muy abiertos los ojos y no cegados aunque lo que les ciegue sea el polvillo de oro de una ilusión.

Para mí la política que debe seguirse en nuestras relaciones con Portugal no está en proyectos más ó menos

fantásticos de Unidad Política, sino en que sin merma alguna de la soberanía de Portugal como nación independiente, se llegue por medio de convenios á establecer entre ambos pueblos una estrecha inteligencia política y cooperación económica basadas en un íntimo contacto intelectual y en una recíproca cordialidad. De esta intimidad, ó estrecha aproximación hispano-lusitana, creo que pueden obtenerse todas las ventajas que podrían esperarse de la unión política sin ninguno de los gravísimos inconvenientes que ésta ofrecería.

Celebro coincidir en esto con una ilustre personalidad, que recientemente ha dirigido con gran acierto las relaciones internacionales de España desde el Ministerio de Estado. «Lo que debe existir entre Portugal y España— ha dicho el Marqués de Lema—, es el perfecto convencimiento de que cuanto más estrecha sea la relación de ambos países, sin menoscabo de la independencia y de la soberanía de cada uno, y cuanto más se extienda esa inteligencia hasta llegar si fuere posible á una verdadera unión económica é inteligencia política, tanto mayores beneficios y tanta mayor fuerza se derivarían para las dos naciones ibéricas.»

Con efecto, señores, España y Portugal son dos naciones independientes, grandes y gloriosas, pero son dos naciones hermanas, dos naciones coordinadas por la Geografía y por la Historia. La misma voz de la Naturaleza nos está diciendo que debemos marchar de acuerdo en una estrecha compenetración de esfuerzos é intereses, y á la Naturaleza no se la desobedece nunca sin sufrir á la corta ó á la larga deplorables consecuencias.

Por eso es necesario poner la política en armonía con

la física; es preciso que oyendo esas voces que de consuno nos dan la Geografía y la Historia, veamos la manera de coordinar en estrecha relación los intereses de ambos pueblos, (llegando á crear,) además de la política española y de la política lusitana, (una política peninsular.)

Militar Y se impone en primer término esa estrecha cooperación en lo que se refiere á la defensa del territorio, porque siendo tantas las facilidades de comunicación por tierra y por mar entre ambos países, no habrá nunca un peligro serio para la independencia de uno de ellos que no sea también una amenaza para el otro. La historia nos dice que siempre esos peligros han sido comunes. Juntos peleamos contra los romanos: á Viriato ellos y nosotros lo consideramos como compatriota. Á unos y á otros alcanzan más tarde las invasiones de los bárbaros y de los mahometanos, y contra estos últimos no sólo hubo de pelear cada reino de la Reconquista en las respectivas fronteras, sino que cuando había un peligro grande por parte de los invasores para cualquiera de aquellos Estados, comprendiendo todos por instinto que era peligro común, se unían para rechazarlo. Así vemos á Alfonso IV de Portugal y Alfonso XI de Castilla pelear juntos en la memorable jornada del Salado, para rechazar aquella formidable avalancha de los benimerines.

Si venimos á tiempos más modernos, nos encontramos igualmente con que la última guerra de independencia fué común á lusitanos y españoles. Á unos y otros nos alcanzó la invasión francesa y juntos peleamos contra los ejércitos napoleónicos. Por eso los historiadores de Portugal han llamado con gran acierto á aquella

guerra: guerra de la independencia de la Península, y nadie ignora la misión importantísima que en ella desempeñaron las formidables líneas de Torres Vedras, donde se estrellaron la pericia, el valor y el número de los ejércitos napoleónicos.

Es, por lo tanto, cosa evidente que debemos establecer una estrecha cooperación de nuestras fuerzas militares de mar y tierra para hacer intangible en todo momento y en cualquier circunstancia la independencia del territorio peninsular. Pero claro es que para esto nosotros necesitamos que Portugal sea fuerte, que Portugal sea próspero, que Portugal no tenga, ni en su política externa, ni en su política interior, causas que lo debiliten ó comprometan, pues de lo contrario al venir á esta unión ó cooperación no aportaría fortaleza sino debilidad, y la unión ya no sería conveniente sino para una de las partes.

Ved, pues, cómo el interés de España, lejos de estar, como algunos en Portugal falsamente han creído, en que Portugal sea débil, está, por el contrario, en que Portugal sea vigoroso. Á nadie le interesa más que á nosotros que Portugal tenga siempre medios de hacer intangible su litoral, ya que éste no sólo es puerta de entrada para su nación, sino también para nuestra casa. Á nadie más que á nosotros interesa que allí se cree un poder militar robusto y eficaz, para que, sumado al nuestro, obtengamos todas las ventajas que nos ofrece nuestra estratégica situación en el planeta.

Hubo un tiempo, el anterior al descubrimiento de América, en que pudo decirse que (nuestra Península) estaba en el extremo del mundo; pero hoy, (ante el extraordinario desarrollo cultural y económico de América, que ha

de agrandarse más cada día, y con las facilidades de comunicación marítima que actualmente existen, próxima también África á un intenso florecimiento que ha de promover complejas relaciones con los pueblos de Europa, no habiendo, por otra parte, de decaer en lo futuro, sino todo lo contrario, las relaciones mercantiles con el Oriente por el Canal de Suez y hallándose, como se halla, nuestra Península en el obligado cruce de los caminos del Mediterráneo al Atlántico y de Europa á África, no hay duda de que nuestra situación, que en otras épocas pudo ser excéntrica, es ahora verdaderamente central respecto del mundo civilizado y está llamada á tener cada día mayor importancia. Por eso es enorme la influencia que podemos ejercer en los destinos futuros de la humanidad si logramos organizar en esta estratégica posición del globo un fuerte poder militar, sobre todo de carácter naval, basado en un intenso desarrollo económico. Entonces se realizará aquello que tan hermosamente decía Camoens cuando, refiriéndose á España, entendiéndolo por tal toda la Península, afirmaba que era ésta, no el extremo, sino la cabeza de Europa:

*Eis aquí se descobre á nobre Hespanha
Como cabeça allí de Europa toda.*

Pero conviene notar que cuando se posee por un país una posición tan privilegiada y tan estratégica, necesita tener siempre medios prácticos y efectivos para defenderla y para sacar el partido debido de la misma, pues de lo contrario se trueca en causa de debilidad, ya que esas mismas ventajosas condiciones que la dis-

tinguen la hacen ser codiciada por los otros pueblos. Por eso vemos que en el punto más estratégico de esta estratégica Península ondea, por desgracia, un pabellón que no es el español, cosa que ciertamente no hubiera ocurrido si cuando ese hecho se produjo hace siglos, España hubiera estado en la plenitud de su fortaleza, y que dejará de ocurrir seguramente cuando España recupere la plenitud de vigor que puede adquirir mediante una acertada política de reconstitución interna. Por donde se ve que el problema de Gibraltar no es un problema suelto y aislado y que aisladamente pueda ser resuelto, sino un problema estrechamente ligado con el de nuestra reconstitución interior. No es una causa, sino una consecuencia de la debilidad nacional, y el día que ésta se haya curado, aquello y otras muchas cosas vendrán por añadidura.

Yo no entraré á determinar, porque ni el tiempo lo consiente, ni podría decir cosas acertadas en esa materia quien, como yo, es lego en el arte militar, en qué habrá de consistir ese concierto ó cooperación de esfuerzos de Portugal y España para la defensa del territorio peninsular.

Altas capacidades militares existen en ambos países—y yo saludo con respeto y consideración á una de las más grandes de la España contemporánea que me dispensa el honor de asistir á este acto (1)—que sabrían organizar perfectamente ese combinado plan de defensa; á mí sólo me importa dejar consignada como una consecuencia indeclinable de nuestra posición geográfica y

(1) Alude el conferenciante al Capitán General D. Valeriano Weyler.

de nuestros antecedentes históricos, la conveniencia de esa estrecha cooperación de ambos pueblos para la defensa del territorio peninsular.

* * *

X Con no menor evidencia ^{pues en su camino} se impone, aun al espíritu menos observador, la conveniencia de una estrecha unión económica de ambas naciones.

Sin embargo, por lo que á este orden se refiere, ya decía antes que nos encontramos en un estado de absoluto fracaso, porque hoy ni siquiera existe un Tratado de comercio y navegación entre España y Portugal, con los naturales perjuicios que de ello resultan para la economía de ambos países.

¿Cuál es la solución inmediata de este deplorable estado de relaciones? La solución inmediata no puede ser otra que un nuevo Tratado de comercio y navegación en que se subsanen las deficiencias de que adolecía el anterior, de 27 de Marzo de 1893 y se otorgue el mayor margen de protección y las condiciones más beneficiosas á la industria y al comercio de las dos naciones. Pero ésta será sólo una solución transitoria, pues á mi juicio, la solución definitiva y radical de este problema de las relaciones económicas entre ambos pueblos no puede ser otra que la unión aduanera.

Ya sé yo que no faltarán en Portugal personas que, mal informadas ó influídas por injustificadas suspicacias, piensen que este proyecto de unión aduanera sólo se defiende en España como paso preliminar para la

unión política; pero afortunadamente se trata de un asunto en el que se han de barajar números y hechos, y los hechos y los números no se prestan á ser desvirtuados por la retórica; ellos son los que demuestran de una manera clara que el mero interés económico, prescindiendo de todo intento ó segunda intención de carácter político, aconseja como solución ventajosa para ambas naciones la supresión de las barreras arancelarias.

Yo deseo que esto se estudie por las entidades económicas de Portugal y de España de una manera detenida y perseverante y confío en que no sería difícil llegar á soluciones prácticas, como se llegó en otros pueblos.

No puedo entrar ahora á ocuparme en este asunto tan extensamente como desearía, porque es ya mucho el tiempo que he invertido en el desarrollo de la parte anterior de mi conferencia; pero contando con la atención que tan benévolamente me prestáis, no renuncio á señalar dos ó tres razones capitales que, á mi juicio, persuaden de la conveniencia para ambos países de que esa unión aduanera se establezca.

Por de pronto hay un hecho evidente: que Portugal y España coincidimos en la exportación á los mercados mundiales de importantes productos que nos son comunes: vinos, aceites, pescados en conserva, frutos vegetales, corcho y sus manufacturas, etc. Ahora bien; ¿qué es mejor, que nos hagamos los unos á los otros la guerra en los mercados mundiales en la exportación de esos productos importantes de la economía de ambos pueblos, ó por el contrario, que unidos los productores peninsulares sumen sus esfuerzos y luchen juntos en los mercados extranjeros, disputándolos á la penetración comercial de los demás países? Hacer la pregunta es contestarla.

Pero hay más, porque si no se mira á lo que unos y otros exportamos á los demás mercados, sino al intercambio de productos entre Portugal y España, encontramos también razones poderosas que abonan la solución de la unión aduanera.

Nadie que imparcialmente examine las cosas podrá negar el creciente progreso industrial de España, acusado, entre otros hechos, por los datos que arroja el balance comercial de los últimos años.

En el de 1915 que acaba de transcurrir, la exportación de primeras materias sólo fué de 234.665.641 pesetas, mientras que la importación de las mismas llegó á 536.249.293 pesetas. En el anterior de 1914, la exportación de primeras materias no pasó de 255.933.844 pesetas y la importación ascendió á 451.095.563. No tomo, sin embargo, en cuenta estos años en que fué tan superior la importación á la exportación de primeras materias, claro indicio de nuestro desarrollo industrial, porque se trata de años anormales por efecto de la guerra, que ha producido la paralización de muchas industrias en las naciones beligerantes; pero es que aun acudiendo á estadísticas anteriores á la guerra europea, vemos comprobado el exceso notable de la importación sobre la exportación de primeras materias, lo cual demuestra el progreso industrial de nuestra Patria. En el año 1913 ese exceso fué casi de 200 millones de pesetas, pues la exportación no rebasó la cifra de 333.119.710, siendo así que la importación alcanzó la suma de pesetas 520.694.795.

Hay además otras pruebas del progreso de nuestro movimiento industrial, como son la exportación cada día mayor de productos fabricados, según puede apre-

ciarse en las estadísticas, y los adelantos en la técnica fabril, sobre todo en Cataluña, Vizcaya, Asturias y algunas otras regiones. Añádase á esto que nuestra industria es susceptible de un desarrollo mucho más intenso por la abundancia de riquezas minerales en el subsuelo y por la prodigalidad con que la Naturaleza nos ha dotado de magníficos saltos de agua, de tanta trascendencia en la vida industrial moderna. Pues bien; si comparamos éstos y otros datos análogos que podrían aducirse con lo que ocurre en Portugal, donde aun existiendo algunas industrias dignas de alabanza, puede, no obstante, decirse que la vida industrial se encuentra poco desarrollada, llegamos á la conclusión de que la industria española, una vez suprimida la barrera arancelaria, podría surtir en gran parte los mercados portugueses. La extensión de éstos, aun contando las Colonias, no excede la posibilidad de expansión de la industria española, y por otra parte, hallándose los industriales españoles tan próximos al mercado portugués, podrían abastecer éste con grandes ventajas sobre otros pueblos.

Habría por lo tanto, con la unión aduanera un beneficio evidente para los industriales españoles, sin que pueda decirse que ello constituiría un perjuicio para las industrias verdaderamente florecientes que existan en Portugal, toda vez que la supresión de los aranceles les abriría el mercado español de más de veinte millones de habitantes. Pero el beneficio principal para la nación vecina no estaría en esto, sino en el hecho indudable de que en un régimen de unión aduanera podría aumentar notablemente la exportación á nuestros mercados de muchos artículos de procedencia vegetal ó animal, que hoy en-

vía ya, pero en cantidad muy inferior á la que podría colocar en España, ya que ésta recibe hoy en grandes proporciones esos mismos artículos de otros países extranjeros.

Esos productos que Portugal exporta hoy á España son, principalmente, ganados, maderas, aves, pescados y substancias alimenticias. Nuestras importaciones de esos artículos, procedentes de Portugal, alcanzan una cantidad respetable, pero es mucho mayor la que España necesita y que hoy compra en otros países. Así, por ejemplo, para no citar más que un dato, pues no quiero molestaros con la lectura siempre árida de muchas cifras, las maderas importadas de Portugal en 1913—y elijo este año por ser anterior á la guerra—ascendieron á nueve millones y medio de pesetas aproximadamente, mientras que el valor total de maderas importadas ese mismo año fué de 62.433.576. El promedio de la importación de ese mismo producto durante el quinquenio de 1909 á 1913, ambos inclusive, es de 51.893.413. No hay duda, por lo tanto, de que podría Portugal ampliar notablemente sus exportaciones de esa naturaleza á los mercados españoles. Algo parecido podría decirse de los otros productos de procedencia lusitana que antes mencioné.

Mas se dirá tal vez que la supresión de los aranceles de aduanas entre Portugal y España ocasionaría un perjuicio al Tesoro por mermar sus ingresos. Sin embargo, lejos de ser esto cierto, ha ocurrido todo lo contrario, pues basta hojear las estadísticas y los presupuestos del Estado para ver que los derechos recaudados en las Aduanas de la frontera hispano-portuguesa no compensan los cuantiosos gastos que ocasiona el ré-

gimen aduanero y su resguardo en una línea fronteriza de tanta extensión. Algunos años esos ingresos han sido insignificantes. Véase, por ejemplo, el año 1912: derechos recaudados sobre la importación, 294.145 pesetas; derechos correspondientes á la exportación, 1.651.

✦ ¿Y qué decir de lo mucho que favorecería el desarrollo de los transportes en ambos pueblos el establecimiento de este régimen de unión aduanera? ¿Cuál no sería la importancia que adquirirían puertos como Porto y Lisboa, especialmente este último? Como que siendo muchas las ventajas de la unión aduanera para España, aún son mayores las que tendría para Portugal.

No desconozco que es éste un problema muy complejo y que lleva implícitas otras muchas cuestiones de diferente orden, que habría que resolver con gran tino para que el proyecto de unión aduanera resultase beneficioso en todos los aspectos; pero estas dificultades no aconsejan que se desista de llevarlo á la práctica, sino únicamente que se estudien las cosas con todo detenimiento antes de realizarlo.

* * *

✦ Y llego con esto á la última parte de mi Conferencia, en la que me propongo tratar brevísimamente de las relaciones de carácter intelectual entre ambos pueblos. De intento he dejado esta parte para la última, porque es el complemento de todo lo anterior, al mismo tiempo que el medio más eficaz para llegar á las aproximaciones políticas y económicas de que antes hablaba. Del

frecuente contacto intelectual entre ambos países nacerá la mutua estimación, y sobre ésta podrá establecerse la íntima compenetración que debe existir entre portugueses y españoles.

Pues bien: ¿cuántos libros escritos en portugués veis en los escaparates de nuestras librerías? ¿Cuántas revistas y periódicos portugueses circulan con profusión en nuestra Patria? ¿Cuántos trabajos, cuántas monografías se publican aquí por nuestros intelectuales acerca de las instituciones, de la literatura, de la lengua, del arte, de la ciencia y, en una palabra, de la vida pasada y presente de Portugal? ¿Qué relaciones frecuentes mantienen nuestras Academias, nuestras Universidades y demás Centros docentes, con las Academias, con las Universidades y demás Centros docentes del país vecino? Y puesto que la juventud es el porvenir, es la esperanza, ¿qué relaciones se ha procurado establecer entre las juventudes estudiosas de ambas naciones? ¡Ah, señores! Prefiero dejar estas preguntas sin contestación, porque la respuesta tendría que ser muy dolorosa.

No faltan, claro está, personalidades eminentes que se han distinguido por el estudio de esas cuestiones, y hay algunas que procuran sostener relaciones frecuentes con nuestros vecinos; pero son excepciones de aquellas de que dicen los dialécticos que confirman la regla. Ved, en cambio, lo que pasa del lado allá de las otras fronteras. En Francia, en Alemania, en Bélgica, en Inglaterra, en los Estados Unidos, hay un intenso movimiento hispanista, y escritores eminentes de esos pueblos han estudiado nuestras instituciones, nuestra literatura, nuestro arte, nuestras costumbres, y debemos á algunos de esos países la publicación de obras meri-

tísimas acerca de aspectos diferentes de la civilización española. Baste citar los nombres de Prescott, Robertson, Harrisse, Tiknor, Schack, Hübner, Gachard, Morel-Fatio, Namêche, Renan, Munk, Hume, Fitzmaurice-Kelly, Foulché-Delbosc, Desdevises du Dezert, Çirot, Cazac y tantos otros que están en vuestra memoria. ¡Si hasta se publican en algunos de esos países revistas exclusivamente consagradas al estudio de la literatura é instituciones españolas!

¿Por qué no habíamos de hacer nosotros algo semejante respecto al arte, á la literatura y á las instituciones de Portugal, siendo como es evidente que esta nación tiene para nosotros mayor interés que el que nosotros podemos inspirar á los demás pueblos?

En Portugal ocurre lo mismo respecto de España. Hay, como aquí, algunas individualidades aisladas á las que no les son indiferentes las cosas de España; pero en general es muy escasa la atención que se presta al movimiento intelectual y artístico de nuestra Patria.

No sucedió así, ciertamente, en siglos pasados, pues la Historia nos dice que el siglo de oro de la cultura española, que es también el siglo de oro de Portugal, se distingue, entre otras cosas, por la íntima compenetración en que vivieron la mentalidad española y el intelecto lusitano. Eran muy frecuentes y estrechas las relaciones intelectuales entre uno y otro pueblo, y así vemos que mientras los grandes literatos portugueses de aquella época, Camoens, Sa de Miranda, Gil Vicente y Melo escriben elegantemente en castellano, también á nuestros ingenios les son familiares la historia y la cultura lusitanas, habiendo enseñado en Portugal muchos de nuestros sabios, como Suárez, profesor en Coimbra;

Molina, catedrático en Évora, y Fray Luis de Granada, el príncipe de nuestra oratoria sagrada, que vivió, escribió y predicó muchos años en Lisboa. Luis Vives, el más grande de nuestros humanistas y pedagogos del Renacimiento, dedicó la más importante de sus obras, los libros *De Disciplinis*, al Rey de Portugal D. Juan III, haciendo, por cierto, en la dedicatoria un cálido y brillante elogio de la historia portuguesa.

Pero ya dije que era aquél el siglo de oro de la cultura ibérica. Hoy, en cambio, no es sólo lo triste que no exista ese contacto intelectual entre los pueblos de la Península: lo peor es que coincide ese divorcio con una situación, que en lo político como en lo intelectual dista mucho de aquellos esplendores que antes recordaba. Éramos entonces en el orden intelectual un pueblo sustantivo, original, influyente en alto grado en la cultura europea, sin perjuicio de asimilar también las ideas que viniesen de fuera, pues sería absurdo y suicida el aislamiento en la vida intelectual; pero no hay que confundir la asimilación y el estudio consciente del movimiento cultural de otros países con el olvido de lo propio y con la mera copia servil que mata la propia iniciativa y convierte á los pueblos de sustantivos en adjetivos, sin raíces, ni cimientos de propia sustentación.

Por eso yo he sostenido muchas veces la necesidad de una obra de españolización en diversos aspectos de la vida nacional.

No quiero omitir como antecedente de las relaciones intelectuales tan frecuentes en otro tiempo entre portugueses y españoles el recuerdo de una obra interesantísima, que muchos de vosotros conocéis: el *Catálogo bibliográfico de los autores portugueses que escribieron*

en castellano, por D. Domingo García Peres. Son centenares los escritores portugueses que se estudian en esa obra, y aunque su autor era portugués, fué impreso su libro á expensas del Gobierno español en el año 1890.

Uno de los medios más eficaces para aproximar intelectualmente á los dos pueblos sería el intercambio de profesores, pues no hay duda de que daría los mejores resultados el que fuesen frecuentemente de España á Portugal ó vinieran de Portugal á España profesores eminentes que diesen á conocer en conferencias y cursos breves las respectivas literaturas y demás manifestaciones culturales. Como precedente de este intercambio, puede citarse el reciente viaje á Coimbra de nuestros ilustres compañeros Sres. Gómez de Baquero y Maluquer; pero importa que no sea éste un caso aislado, sino, por el contrario, el comienzo de una no interrumpida serie de expediciones científicas por parte de uno y otro pueblo. Sería también convenientísimo el poner en frecuente comunicación á los escolares de ambos países, y si es indudable que la juventud lusitana podría obtener gran provecho de sus viajes de estudio á nuestros Centros docentes y á nuestros incomparables Museos y monumentos artísticos, no es menos cierto que encontrarían también los estudiantes españoles mucho que admirar en la nación vecina. Yo he tenido ocasión de hacer recientemente una excursión por Portugal visitando sus principales Centros docentes, y me complazco en manifestar que he encontrado en ellos muchas cosas dignas de aplauso.

Ya el Sr. Maluquer y Salvador en su interesante conferencia nos habló de la gratísima impresión que le produjo la Universidad de Coimbra, y yo os puedo decir

que los Liceos *Pedro Nunes* y *Passos Manuel*, que he visitado en Lisboa, están á la altura de los mejores de su clase que he visto en otros países muy adelantados de Europa.

Y ¿por qué no habíamos también de establecer en algunos de nuestros Centros de enseñanza cátedras de lengua y literatura portuguesas, y gestionar que allí se establecieran cátedras de lengua y literatura castellanas? El conocimiento del portugués, aparte del interés literario, tiene hoy también gran importancia comercial, por ser la lengua del Brasil.

¡Cuántos beneficios de todo linaje traería este frecuente contacto intelectual entre las dos naciones peninsulares! El conocimiento mutuo destruiría muchos prejuicios infundados, el trato engendraría la cordialidad y sería ésta excelente base para cimentar aquellas estrechas aproximaciones, políticas y económicas, de que anteriormente he hablado.



Ya veis, señores, cuán amplio y fecundo campo se abre aquí á la actuación de los Gobiernos y á la iniciativa particular, que deben trabajar juntamente en esa hermosa obra de la aproximación luso-hispana.

Hay campo para todos: para los políticos y para los literatos, para los industriales y los comerciantes, para los artistas y los sociólogos. ¿Quién rehusará su cooperación á esta obra, de la cual han de derivarse grandes bienes para los dos pueblos hermanos?

No neguemos á nuestra Patria el sacrificio de nuestro

estudio y de nuestra acción abnegada y perseverante para esa y para todas las nobles empresas que puedan conducir al engrandecimiento nacional.

¡Ah, señores! Los españoles de la época presente hemos conocido sucesos tristes, horas amargas, porque un día menguado vimos arriar al mismo tiempo en el Oriente y en el Occidente el pabellón nacional, que en aquellos remotos confines había sido emblema de poder, de cultura, de grandeza. Hoy, encerrados de nuevo dentro del solar nativo, no debemos llorar como débiles mujerzuelas nuestra mala fortuna, sino, por el contrario, aleccionados por la desgracia, curados de pasados errores, escudriñar en las entrañas de nuestro subsuelo las riquezas minerales que tan abundantemente atesora, para crear con ellas una poderosa industria; roturar los campos incultos y mejorar con un cultivo intensivo los que son hoy objeto de deficiente explotación; desarrollar ampliamente nuestro comercio con las facilidades que para ello nos da nuestra posición en Europa y nuestros intereses en América, y sobre todo elevar el nivel cultural de la Nación mediante una obra educadora, perseverante, integral, armónica, que forme hombres tan vigorosos de espíritu como de cuerpo, de inteligencia cultivada con la adquisición de una cultura sólida, pero sobre todo de recio temple de voluntad y de altos ideales para la vida, como lo fueron aquellos compatriotas nuestros, no inferiores á los héroes mitológicos, que en los albores de la Edad Moderna, al mismo tiempo que el Mundo Antiguo resucitaba de sus cenizas evocado por los humanistas del Renacimiento, abrieron al Mundo del porvenir nuevos horizontes no sólo con el descubrimiento de nuevos mares y continentes, sino

también sembrando los gérmenes de la ciencia moderna, como lo hicieron los precursores españoles de Bacon y Descartes, de Grocio y Beccaria, ó elevando la literatura y el arte á aquellas cumbres, no superadas por ningún mortal, á que subieron en alas de sus genios Cervantes, Lope de Vega y Velázquez.

También nuestro hermano Portugal ha pasado durante los últimos siglos por graves tribulaciones. También ellos, como nosotros, se han visto desposeídos de tierras remotas que arrancaron al secreto de las olas; pero no ha muerto, ni en Portugal ni en España, el vigor de la raza. Allí, como aquí, se sienten anhelos de nueva grandeza y se mira confiadamente al porvenir.

Unámonos, sin menoscabo de nuestras independencias nacionales, en una estrecha cooperación, y marchemos juntos á la conquista de los gloriosos destinos á que tenemos derecho por nuestra posición geográfica, por nuestra Historia, por las altas cualidades de nuestra raza.

En aquella gran conflagración, con que comenzó el siglo XIX, supimos juntos defender nuestra independencia. ¡Que esta gran conmoción que agita al mundo al empezar el siglo XX nos sirva de saludable advertencia para fortalecernos, para corregir seculares equivocaciones, para reconstituírnos en todos los órdenes, á fin de que el día, que ojalá esté muy próximo, en que se apague el estruendo del cañón y vuelvan las naciones con nuevos bríos á las fecundas tareas de la paz, podamos, invulnerables en nuestros derechos y llenos de fe en el porvenir, marchar en la vanguardia de los pueblos más adelantados, trabajando con ellos y más que todos ellos por los altos ideales de la Justicia, de la Ciencia, del Arte, del bienestar entre los hombres!

